

# Derek Walcott

## Mapa del Nuevo Mundo

Traducción José Manuel Arango

### Un mapa de Europa

Así como en la idea de Leonardo  
en una gota de agua se abren paisajes  
o en las manchas se ocultan dragones,  
hace el brillo del aire un mapa de Europa  
en las grietas de mi pared descascarada.

En el borde pintado de la ventana  
brilla el filo de oro de una lata  
de cerveza como la tarde  
por un lago de Canaletto,  
o como la rocosa hermita donde,  
en su celda de luz, el ojeroso  
Jerónimo reza para que Su Reino  
venga a la ciudad lejana.

La luz crea su reposo. En su aro  
todo es. Una taza rota, una hoja  
quebrada, un dentado jarro llegan  
a ser ellos mismos, como en Chardin,  
o en el brillo de cerveza de Vermeer,  
no objetos de nuestra piedad.

No hay en ellos lacrimae rerum  
ni arte. Sólo el don  
de ver las cosas en su realidad,  
partidas por una sombra  
de la que no pueden mudarse.

### I Archipiélagos

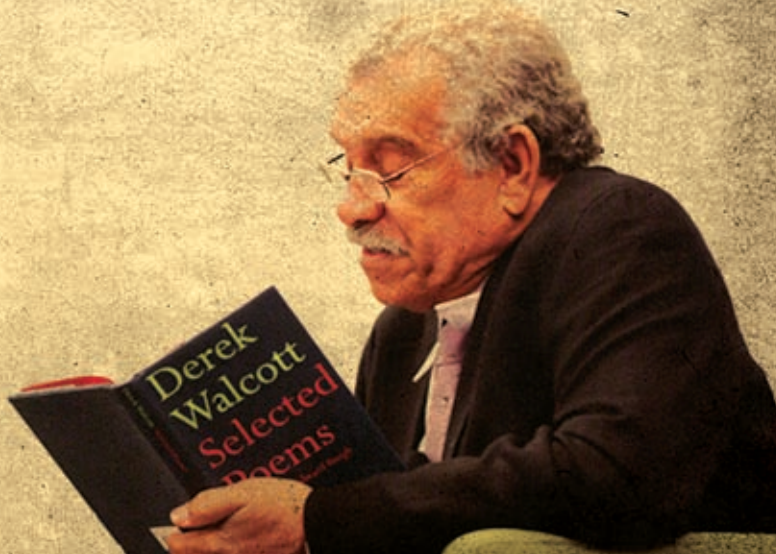
Al final de esta frase, comenzará la lluvia.

Al borde de la lluvia, una vela.

La vela poco a poco perderá de vista las islas  
y se hará niebla la creencia en puertos  
de toda una raza.

Ha acabado la guerra que duró diez años.  
El cabello de Helena una nube gris.  
Troya un foso de cenizas blancas  
junto al lluvioso mar.

La llovizna se tensa como cuerdas de un arpa.  
Un hombre de ojos nublados la toca  
y le arranca el primer verso de la Odisea.



### Mitad del verano

*Esa vara de adivino*, el relámpago, toca la tierra,  
como la rápida nota de una golondrina  
en el pentagrama de los hilos eléctricos,  
mientras todo lo que leo o escribo  
es demasiado largo. Ah, tener  
un tono coloquial y duro,  
la brevedad de una corta sílaba, Dios,  
toda síntesis en un trazo heráldico,  
como en Li-Po o en el aviso de una lavandería  
china. Andar estas calles calientes,  
sus letreros un telón empolvado  
para el ego divagador. Líneas que surgen  
y no hallan forma. Más que tiempo cuesta cambiar.  
El lenguaje nunca casa con la geografía,  
excepto cuando la tierra y el relámpago riman.  
Cuando yo era más joven bregaba por pronunciar  
todas las lenguas, lenguaje y vida al tiempo.  
Más diestro ahora, estoy más insatisfecho.  
Nunca casan la naturaleza y tu propia  
naturaleza. Demasiado rápida la taquigrafía  
del relámpago, demasiado paciente el mar  
que rompe repetidamente el papel, demasiado frenético  
el viento que deshace el mismo nudo, demasiado lentas  
las piedras reptando cada noche hacia el lenguaje.

*Arrastro, como encadenados* detrás de mí, paisajes:  
corrientes donde el ocaso ha caído cercas de poblados,  
crías de búfalo como nubes índigo. Tiro tras de mí  
de voces de niños que mueren con la primera estrella, sombras  
que entran a las tiendas a comprar kerosene, palmas  
que oscurecen con las líneas de la mano de mi madre.  
Cruzo, cuidadoso como el humo, zanjas; la oscuridad entra en mi cabeza  
como un mestizo a una casa. El ocaso tiene límites, los postes  
de las cercas se precipitan sin decir adiós en el pasado,  
algunos están muertos, otros sin cara, negros en el cielo como erectos cirios.  
Polvo verdinegro, roja tierra, largos horizontes de campos de caña  
que tiritan en la primera brisa de la noche. Por un camino húmedo  
donde el sol cayó detrás de las chaguanas, mi corazón  
golpea, cruje como un oxidado carta de bueyes  
quebrando los cristales del cielo en el camino. Está en el rojo  
fulgor del ganado entumecido, en el muchacho que lo pastorea con un palo  
el ruido de un cubo. En estos campos que la azada raspa  
con crujido angustioso, los surcos se ahondan. Están cubiertos  
de yerba, son un fango. Darán brotes de nuevo con las lluvias  
de noviembre. Todo esto arrastro detrás de mí en cadenas.

*Había en nuestro pueblo* un sirio, con su bicicleta.  
Yo no sabía si era sirio o asirio. Cuando le pregunté

por su raza, de la que Saroyan escribió  
que sólo quedaban setenta mil asirios,  
y dónde estaban los sesenta y nueve mil novecientos noventa y nueve,  
contestó con una sonrisa larga como nuestra calle.  
Sus pupilas centelleaban como los radios calientes de una carroza,  
o los plateados de su bicicleta de segunda.  
Debí preguntarle sobre los pájaros  
que migran en Arameo, o sobre la correcta  
pronunciación de ríos rugosos como el 'Tagus'.  
Asiria estaba lejos como el viejo mundo de las lecciones,  
pero lo mismo estaba él de sus camellos de piel cálida y sus tiendas.  
Yo era joven y directo y mi tiempo  
era el presente. Si en mi ignorancia  
distorsioné el tiempo, fue menos de lo que la indiferencia  
de algún tirano alteró su futuro.  
Llevaba camisa blanca, sombrero negro. Su bicicleta  
tenía una canasta de metal adelante. Se movía por el espejismo  
de los campos de caña, vendiendo trajes a los cortadores.  
Luego dos sirios más aparecieron. Los tres compartían una tienda  
y dormían en la trastienda. Después hubo un letrero  
con ese nombre, tan cómico para nosotros, de reyes míticos, barbicuadrados,  
rizosos, ungidos: Abdul.  
Pero para mí había setenta mil asirios  
y todos vivían en la vecindad, en un cuarto  
caliente y oscuro, mascullando un lenguaje en cuyo sonido  
había leones alados y aves talladas en un muro.

*Mi cara, quemada* por el sol como una terracota,  
lleva el calor de su horno por toda la casa.  
Me gustan sus arrugas como las del agua azul.  
El jején hace pequeños huecos en el cacto dentado,  
una hornilla encrespó las hojas de la adelfa  
y una rama del campeche se cubre de letras salvajes.  
Un casa de piedra aguarda en el peldaño. Su porche  
llamea blanco. Te cuento una promesa que me trajo la ola:  
verás a la transparente Helena pasar como una llama  
al sol, sin peso como el humo que no hace sombra  
en la arena. Mis palmas están rajadas por la cuerda  
con la que arrastré una embarcación por más de cuarenta años.  
Mi Jonia es el olor de yerba quemada, el chamuscado manubrio  
de una cisterna chirriando en agosto sobre islas herrumbrosas,  
las líneas que amo conservan todos sus nudos.  
En la tarde aturdida, cuando hace mucho calor para pensar  
y la musa de este océano entre islas espera un nombre  
y desde el salado, oscuro cuarto, la tensa línea del horizonte  
no acoge nada, yo espero. Las sillas sudan, los papeles se arrugan en el suelo  
un lagarto boquea en el muro, el mar esplende como zinc.  
Y en el vano de la puerta: no Nike, soltándose la sandalia,  
sino una muchacha, la mano apoyada en el marco,  
sacudiéndose del pie la arena.

## Watteau

El rocío de ámbar de los árboles que pincela el ocaso,  
el hueco ruinoso de un castillo espectral, la ingle  
de un lujurioso sátiro ahíto de hiedra. Y a lo lejos el grano  
de una insegable cosecha alquímica, el vacío  
en el centro de toda embarcación. Nada permanece verde  
en esa prodigiosa urgencia hacia el crepúsculo.  
En todos sus viajes los peregrinos son febriles  
y el laurel de la malaria los hace temblar.  
¿Dónde está pues, Citerea? También ella lejana y febril,  
se dilata en un horizonte de delirio, cerca  
y luego más allá, puede romperse como los aparejos arañescos  
de sus encintados bergantines, está tan en ninguna parte  
como estas islas de anchas hojas, es la enfermedad  
de la elefantina vegetación de Baudelaire,  
el bicho del trópico en la bruma de París. Para él es el espejo  
de lo que es. El paraíso es la vida repetida espectralmente,  
una silla vacía que hace eco al vacío.

## Finales

Las cosas no estallan:  
se van desvaneciendo, apagando,  
  
como la luz se apaga en la carne,  
como escurre la espuma en la arena.  
  
Aun el relámpago del amor  
no tiene un final de trueno:  
  
muere con el sonido de las flores  
que se destiñen poco a poco, igual  
  
que se va gastando la piedra pómez.  
y así cada cosa  
  
hasta que sólo nos queda el silencio  
que rodea la cabeza de Beethoven.

## Gauguin 1

En los muelles de Papeete los ociosos colonos vestidos de dril blanco, bebiendo con putas cuya piel es como el cobre de las monedas, pretenden, mirando la salvaje tez de la luz y la sombra, que un vermouthe sin mezcla recree la metrópoli; pero el sol ha quemado estos recuerdos en mi cabeza: Cezanne construyendo con el color, cada pulgada cuadrada un bloque, los trazos de los puntillistas como millones de iris. En los huesos de mi cara vi la cabeza de mula de un bretón, la plácida, implacable estrategia del mongol, los mostachos como los curvos cuernos de un yelmo; la cadena de mi sangre me arrastra a pueblos más oscuros, aunque parezca otro de los cetrinos, ajados colonos que saltaron aquel día del muelle a la lancha de la aduana. Soy la semilla salvaje de Watteau, su heredero ilegítimo. Levanta tu trasero, escribano, y busca tu camino. El libro de oraciones del diablo es el himno de la paciencia, gruñido en la bruma. ¡Vamos, fuera! Yo huí muy tarde.

## Gauguin 2

Nunca pretendí que el verano fuera el paraíso, o que fueran virginales mis vírgenes; en sus platos de madera están los frutos de mi conocimiento que irradian peste, y eso te ofrecen en sus ojos de madura almendra marina, en sus pechos de barro que brillan como lingotes en un horno. No, lo que he vidriado en ámbar no es un ideal, como quería Puvis de Chavannes, sino la corrupción: la mancha en la vulva del lirio, los falos de los plátanos, el volcán que se irrita como un chancro, el humo de la lava que sube con su silbo hasta la diosa sibilante. En esta aleación cocí el oro de sus cuerpos; el paraíso de los evangelistas huele a azufre, he sentido las gotas de mi sangre hervir cuando mi pincel acariciaba sus dorsos —cabeza de jesuita degradado pasando su rosario. Puse una azul máscara de muerte en mi Libro de Horas para que los que sueñan con un paraíso terreno puedan leerlo como hombres. Mis lienzos a la diosa Maya. La papaya, los mangos que enrojecen como carbones en un asador, pacientes como las palmas de Atlas.

*Derek Walcott* (Castries, Santa Lucía 1930)

Ganó el Premio Nobel en 1992. *The Gull* (1970), *Another Life* (1973), *Midsummer* (1984), *Collected Poems* (1948-1984), son algunos de sus libros.